

ANÉDOCTAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES

RASGO DE TRES PERIODISTAS

I

En el mes de septiembre de 1857 hallábase en Madrid la famosa trágica Adelaida Ristori, que actuaba con éxito excepcional en el teatro de la Zarzuela.

Una noche, tres jóvenes periodistas, casi desconocidos, llamaron a la puerta de su cuarto en ocasión de que la actriz iba a transformarse en la *Medea* de Legoubé.

—¿Qué queréis, señores?—preguntó.

—Hablarle cinco minutos.

—Perdón; ahora es imposible. Vuelvan en el primer entreacto.

—Sería tarde, señora. De nuestra conferencia depende la vida de un hombre.

—¿La vida de un hombre? Entonces pasen ustedes.

Y la Ristori, maravillada, los invitó a que explicasen el enigma.

—Señora—dijo uno de los jóvenes—, en estos instantes se halla en capilla, para ser fusilado al amanecer, un soldado que se lla-

ma Nicolás Chapado; contaba once años de conducta irreprochable en el servicio; pero un sargento cruel lo golpeó sin causa y aquél tiró del sable para contenerlo, aunque sin herirlo. Por este solo hecho se le ha condenado a la última pena.

—¡Dios mío! ¡Qué horror! ¡Qué lástima!

—Mas usted puede salvarle la vida.

—¿Yo? ¡Ojalá!

—El indulto ha sido negado a varias Diputaciones; pero sabemos que el arte es casi omnipotente. Sabemos que si usted implora a la Reina y al primer Ministro alcanzará la victoria; ambos se hallan en el teatro; llame usted a Narváez ahora mismo y al terminar el acto primero preséntese en el palco real.

—Pero, señores, ¿llamar al Ministro?... ¿Vendría?...

—Es un caballero español.

—Entonces dispongan ustedes de mí; intentaré lo que desean.

II

Avisado el Duque de Valencia, no tardó en acudir. La Ristori lo invitó a entrar en su cámara y encerróse bajo llave para no ser interrumpida.

—Mariscal—le dijo con voz preñada de lágrimas—, varias veces me ha asegurado usted que nada me negaría. ¡Le pido la vida de ese pobre soldado, que merece clemencia!

—Señora—respondió el Duque—, ¡es imposible! Lo lamento mucho, pero se impone un ejemplo duro. Nuestras revoluciones comienzan casi siempre en el Ejército; la disciplina está relajada. Todo el Municipio ha implorado a la Reina el indulto de ese soldado y yo me he opuesto. En estos instantes la clemencia sería peligrosa.

Entonces la Ristori apeló a todos los recursos de su maravilloso arte para conmover al viejo guerrero. Una intensa lucha se revelaba en el rostro del Duque; las lágrimas consiguieron triunfar, y tomándole una mano:

—¡Ah, señora—exclamó—, me ha vencido usted! Si la Reina consiente, no me opongo. Pídale una audiencia; será usted recibida en un entreacto; arrójese a las plantas de Su Majestad; sea usted con ella tan elocuente como conmigo. La Reina quedará perpleja. Dirá a usted que el Presidente del Consejo se opone a la gracia... Me hará llamar... Yo acudiré... ¡Espéremos!...

Una emoción verdadera ahogaba a la

Ristori; no podía hablar; estrechó la mano de Narváez con gran efusión y le prometió seguir sus consejos.

Apenas salió éste todos la rodearon, preguntándole: «¿Ha rehusado? ¿Ha consentido?»

Y la Ristori contestaba:

—¡Dejadme, dejadme!... Os lo ruego. ¡No puedo aún deciros nada!

III

Concluído el primer acto, se dirigió la Ristori al palco real, acompañada por Barbieri.

La Reina la esperaba; varios Ministros rodeaban a S. M.

La gran actriz, sin vacilar un instante, se arrojó a los pies de Isabel II y le imploró gracia para el pobre soldado con no menos elocuencia de la que le había hecho triunfar de Narváez.

—Cálmese usted—le dijo la Reina, sin poder disimular su emoción—. Yo accedería; pero el primer Ministro...

La Ristori, olvidando toda etiqueta, interrumpió a S. M.

—Señora, dígnese preguntárselo. Yo co-

nozco sus sentimientos humanos y no persistirá en su rigor.

Narváez, que se hallaba presente, se inclinó ante la Reina sin pronunciar palabra.

Esta entonces exclamó conmovida:

—¡Pues bien; sí, sí; concedemos el indulto!

Y la Reina pidió una pluma y firmó la gracia deseada. Después dijo a la Ristori, sonriendo:

—He aquí una tragedia que termina bien. Guarde usted esta pluma, que será para usted y para los suyos un recuerdo bendito.

Con esa reliquia en la mano y el corazón desbordando alegría salió la actriz del palco real y atravesó la concurrencia, que esperaba ansiosa el resultado de su tentativa.

—¡El indulto! ¡Tengo el indulto!—gritaba fuera de sí.

Algunos instantes después aparecía en la escena y era acogida por una inmensa aclamación. Los vivas y aplausos resonaban interminables y unidos los nombres de la Reina y el suyo.

Aquella noche obtuvo la Ristori la ovación más grata e imponente de su vida.

IV

Apenas se supo la fausta nueva cuando los tres jóvenes autores del *complot* nobilísimo abandonaron el teatro y uniéronse al General Enríquez, ayudante de Narváez, para ir a las Prisiones militares.

En ellas aguardaba la hora de amanecer el condenado a muerte, ya perdida la más remota esperanza.

Enríquez mostró al Gobernador la Real orden y acordaron comisionar al cura Berrocal para que revelara al reo la noticia gradualmente.

Así convenido, entró aquél en la capilla. Los tres jóvenes quedaron en la puerta, asomados a la mirilla enrejada.

El preso hallábase sentado y liaba un cigarrillo de papel. No hizo movimiento alguno cuando distinguió al sacerdote, y éste, esforzándose por disimular su alegría, le dijo:

—¡Hijo mío! ¿Cómo tienes el ánimo? ¿Esperas aún?

—Nada, padre; bien lo sabe usted.

—Yo sé que la caridad cristiana nunca se rinde. La esperanza no debe abandonarse hasta el último momento. No estás olvidado... y ¡quién sabe!

Chapado miró fijamente al cura; cayóse el cigarrillo de sus manos, que temblaban, y preguntó con voz ronca:

—¿Hay algo?

—¡Sí, hijo mío, sí! ¡Dale gracias a Dios!—repuso aquél—. La Reina acaba de firmar tu indulto.

El reo se puso de pie y dió un grito estentóreo:

—¡Viva la Reina!!

E inmediatamente cayó desplomado y sin sentido a los pies del sacerdote.

V

Los tres jóvenes, llorando de emoción, se miraron y se estrecharon las manos; parecían darse la enhorabuena por la hermosa obra realizada.

Pocas veces se unieron tres manos a impulso de tan santo motivo.

Pocas veces logró tanta fortuna una inspiración juvenil.

Inspiración hija, no del acaso, sino de la grandeza de corazón y entendimiento que atesoraban aquellos jóvenes, que años después serían verdaderas glorias de la patria.

Sí; porque los tres periodistas, redactores de *La Discusión* y de *El Pueblo* y salvadores de un semejante, fueron D. Pedro A. de Alarcón, D. Gaspar Núñez de Arce y D. Manuel del Palacio.

¡Envidiemos esa página de sus vidas!

(*La Ilustración Española y Americana*, 8 Enero 1896).

LOS DEL CAFÉ

«LA NUEVA ESMERALDA»

I

Hace más de cuatro siglos ya notaba
Jorge Manrique

que todo tiempo pasado
fué mejor...

Y lo cierto es que hoy no hallaríamos nada semejante en esta Corte a la reunión *comunista*, merecedora de perdurable recuerdo, que se celebraba a diario en un café de la calle de la Montera, titulado *La Nueva Esmeralda*.

Componían dicha reunión los jóvenes estudiantes o periodistas Antonio de Trueba, Carlos Ochoa, Antonio Hernández Amores, sus hermanos Germán y Víctor, Antonio Arnao, Luis Eguílaz, Castro y Serrano, Eduardo Gasset, Carlos de Pravia, Augusto Bonard, el doctor Parada, Antonio Cánovas del Castillo, Vicente Barrantes y Diego Luque.

En el fondo del café tenían reservado un

gran velador, sobre cuya tabla veíase pintado un ramo de pensamientos con este lema:

El porvenir es nuestro.

Allí se hablaba mucho de literatura y poco de política.

Las sesiones de aquel *Parlamento* se habían inaugurado en 1851.

Entre sus miembros dominaban las ilusiones, la alegría, la fraternidad y la pobreza, pues por excepción algunos disfrutaban de rentas o sueldos escasos.

Pero el bolsillo de todos era común.

Y también lo eran sus penas y satisfacciones.

En cierta ocasión tuvieron noticias de que uno de ellos hallábase en trance apuradísimo y sin recursos para afrontarlo. Entonces discurrieron un medio de sublime delicadeza, a fin de salvarlo sin que él mismo lo sospechara.

—Señores—exclamó Cánovas, de acuerdo con los demás—, tengo una idea.

—Aceptada. ¿Cuál es?

—Escribamos cada cual una novelita corta, que compongan un volumen regular, y rifemos en seguida entre nosotros la propiedad del manuscrito, para que el que le toque pueda venderlo y hacerse rico.

—Sí, rico o poco menos—añadió Gasset. Aplaudió el concurso, y se convino en escribir las novelitas aquella misma noche.

Como la mayor parte vivían en una casa de huéspedes de la plaza del Carmen, llevóse a cabo el buen propósito con facilidad.

A la noche siguiente se verificó la rifa, para la que escribieron en diez papelitos los nombres de los diez autores: Eguílaz, Trueba, Castro y Serrano, Gasset, Amores, Pravia, Arnao, Cánovas, Luque y Barrantes.

Pero un *hábil presidente de mesa* sustituyó por uno mismo los diez nombres escritos en otros diez papeles, y cuidándose exclusivamente de burlar la atención del que iban a favorecer, *volcó el puchero*, como se dice hoy. Así es que cuando se extrajo del fondo de un sombrero el nombre del agraciado salió, y no pudo salir otro que el de Vicente Barrantes.

.....

Sí, amigo Barrantes. ¿Llegó usted a saber esto antes de ahora?

¿Recuerda usted que vendió entonces su manuscrito a un editor por *treinta y seis duros*?

II

En otra ocasión, aquel cónclave puso los ojos en la capa de Trueba; una capa azul de larga esclavina, tan vieja y sucia, que parecía la de un mendigo. Su dueño no podía sustituírla por otra, y acordaron comprarle entre todos una nueva y excelente, para lo que fué comisionado Gasset.

Llegó Trueba al café aquella noche con su sombrero de copa puesto, como de costumbre, en la coronilla y su mugrienta capa sobre los hombros.

—Antonio—le dijeron—, has de saber que hemos decidido declarar objeto arqueológico tu capa y que se conserve, pendiente de un clavo, en nuestro museo.

—No me opongo, pues bien lo merece; pero ¿queréis que me muera de frío?

—¡Hombre ingrato!—contestó Gasset—. ¡Quéjate aún!

Y quitándole por detrás la capa vieja le colocó la flamante; luego mostró aquélla, se descubrió y dijo:

—Saludemos, amigos, a *Nuestra Señora de la Antigua*.

La capa vieja de Trueba, así bautizada, permaneció por muchos años en casa de

Eduardo Gasset como recuerdo de los pasados tiempos juveniles e ignoramos si aún la conservarán sus hijos.

III

Una noche Trueba entró radiante de alegría y exclamó:

—Señores, inoticia! ¡He hallado un editor!

—¿Un editor?

—Sí; que desea publicar una colección de novelas españolas; pero en el acto. Yo le he afirmado que las teníamos escritas.

—No importa; como si las tuviéramos.

—Es que esta misma noche ha de venir.

—Que venga. ¿Cuánto paga?

—Quinientos *realazos* por cada novela de 400 páginas.

—¡Oh, esplendidez!

El editor llegó casi inmediatamente. Era D. Cristóbal González, quien saludó a los contertulios y les dijo:

—Emprendo el negocio porque tengo mucha gente en la imprenta y en vez de despedirla quiero entretenerla este verano.

Y volviéndose al que tenía más cerca, que era Eguílaz, añadió:

—¿Cómo se titula la novela de usted?

—Mi novela... se titula... *La espada de San Fernando*.

—¿Y la de usted?—preguntó a Luque. Este tosió un buen rato y le contestó:

—*La dama del Conde Duque*.

—¿Y la de usted, joven?—le preguntó a Cánovas.

—*La campana de Huesca*—respondió con gran serenidad.

—Y la mía, *Siempre tarde*—dijo Barrantes.

—La mía, *La primavera de la vida*—repuso Arnao.

A ninguno, en fin, le falló su rica imaginación. El Sr. Cristóbal quedó altamente satisfecho y marchóse con la solemne oferta de que al siguiente día tendría en su casa el primer manuscrito.

Todos cumplieron bien. La colección de novelas españolas se publicó, con la llamada *Clemencia*, de Fernán Caballero.

Pero el Sr. González cumplió mal, pues en el contrato se obligaba al abono de otros 500 reales por cada nueva edición y se negó a pagar las cinco o seis que posteriormente se hicieron de *La espada de San Fernando*, *La campana de Huesca* y alguna otra. Entonces los autores reivindicaron la propiedad, y por esto la colección de novelas no continuó publicándose.

IV

El gran enemigo de los contertulios del café *La Nueva Esmeralda* era *don dinero*.

Aún estaban esperando el porvenir, que debieran hacer suyo, según el lema, y a veces mostrábase menos contentos de lo que exigían las circunstancias.

Por ejemplo: en la Nochebuena de 1852 todos se hallaban muy cabizbajos. Discurrían sobre cuán opípara fuera la cena con que se regalaran si tuvieran sus bolsillos en tan buena disposición como sus estómagos.

—¿Qué es esto, señores?—interrumpió Trueba—. Cierto que no podemos cenar besugos; pero sí podemos pasar una noche alegre.

—No deseamos otra cosa.

—¿Alegres? ¿Por qué medios?

—Ahora lo sabréis. ¡Que todo el mundo eche sobre la mesa el dinero que tenga guardado!

Cumplimentada la orden con apresuramiento y curiosidad, reunieron entre todos unas cuantas pesetas.

—Bueno—añadió Trueba—. Pues este dinero, que es insuficiente para el areó-

pago, será bastante para que pueda cenar una familia que no haya comido hoy. ¿Y no os alegrarían las bendiciones de esa familia?

—Sin duda.

—¡Bravo por Trueba! — contestaron aplaudiéndole.

—Pero, Antonio, ¿cómo vas a indagar a estas horas dónde se encuentre una familia que no haya comido? Son las diez y media.

—Lo averiguaré; tengo un dato—contestó—. Vosotros esperad mi regreso.

Y recogiendo el dinero salió del café en compañía de Diego Luque.

Trueba era sobrino de un Sr. Quintana, dueño de cierta ferretería (que aún existe) en la calle de Toledo, por el que sabía que en la de las Velas había un tendero de ultramarinos muy duro de corazón.

Y se dijo:

—Indaguemos a quién le ha negado comestibles hoy.

Los dos amigos encaminaron sus pasos hacia aquel establecimiento y al llegar hallaron cerrada su puerta.

Entonces la aporrearon sin cesar hasta que les abrió un dependiente.

—¿Sabe usted—le preguntaron—de alguna persona muy necesitada a quien hoy se le haya negado aquí el pan?

—Sí, señor—contestó aquél—. Una chiquilla ha venido tres veces de parte de su madre, enferma, a pedir el pan fiado y las tres veces se lo ha negado el dueño.

—¿Sabe usted dónde vive esa madre?

—En una guardilla de un caserón de la calle Imperial.

—¡Gracias, muchacho!

Y allí se encaminaron rápidamente y se detuvieron ante la casa (hoy reedificada); el sereno les abrió y llegaron a la guardilla.

Eran las once de la noche.

Pronto les franqueó la entrada una mujer escuálida y al parecer desfallecida.

En la guardilla no había muebles de ninguna clase; sólo vierón un montón de paja y lana mezcladas, sobre el que dormía una niña.

—Venimos, señora—le dijo Trueba emocionado—, a traer a usted algún alimento, porque nos parece que lo necesita.

—¡Ah, señores, sí!—respondió la pobre mujer—. Mi hija y yo nos morimos de hambre.

—Pues en seguida volveremos.

Y los dos poetas (como tales, imprevisores) fueron entonces a comprar los víveres. Volvieron pronto cargados con los bastantes para tres o cuatro días y se los entregaron a aquella madre desventurada.

También le entregaron el resto del dinero, diciéndole:

—Señora, he aquí lo único que poseíamos.

Y sin detenerse más salieron acompañados de mil bendiciones.

Cuando regresaron al café era la una de la madrugada.

Todos los esperaban impacientes.

—¿Has hallado a los famélicos?—le gritaron al verlo.

—¿Vuelves triunfador?

—¡Mirad mis ojos!—contestó el bondadosísimo Trueba—. —Aún lloro de alegría!

—Pues alegrémonos también—exclamaron—y danos pormenores para que saboreemos nuestra *cena* espiritual de Nochebuena.

V

A estos derroches de bondad de alma acompañaban siempre derroches de ingenio, y su deleite atraía a muchas personas cerca del velador.

Entre todas se hizo notar un respetable anciano que, apoyado en un criado mozo, entraba diariamente en el café y se sentaba lo más cerca posible de los contertulios.

Nunca hablaba; pero escuchaba con suma atención cuanto aquéllos decían.

Su constante asistencia y silencio llegaron a preocupar algo y molestar a nuestros jóvenes.

Estos, como hemos dicho, se ocupaban por lo común de literatura y también en ocasiones de política, sobre la que era Cánovas siempre el principal actor, y empleaba mucho esta frase:

—Cuando yo sea ministro...

Y si cualquier compañero le replicaba por lo bajo:

—Antonio, que se burlan de ti...

Cánovas entonces, lanzando una mirada al anciano curioso y tirándose del bigote, repetía con voz entera:

—¡Cuando yo sea ministro!...

.....

Pero una noche aquel anciano se levantó y acercándose a la mesa, donde no se hallaban aún mas que Gasset, Eguílaz y Trueba, los saludó con gran cortesía y díjoles trabajosamente, pues apenas podía hablar:

—Señores, ¿se dignan permitirme que tome hoy el café con ustedes?

—Será una honra para nosotros—contestaron los jóvenes.

Pusiéronse de pie y le cedieron el mejor sitio.

El venerable anciano continuó diciendo, siempre con gran dificultad:

—Habrán ustedes notado que hace mucho tiempo que vengo para escuchar su conversación, porque esto es lo único agradable de que hoy gozo en la vida. Ustedes me recuerdan la mocedad con todas sus ilusiones y dichas ciertas. Aprecio en ustedes nobleza y talento, y no me engaño al asegurarles que llegarán a ser hombres ilustres y algunos glorias de la patria.

—Señor, su bondad es excesiva.

—Diga usted que me sobra experiencia para adelantar juicios. Por ejemplo, estoy convencido de que llegaréis a ver en los más altos puestos del Estado a ese joven que ahora entra y cuyas aptitudes me parecen excepcionales.

El joven que a la sazón entraba y se dirigía al velador era Antonio Cánovas del Castillo.

Y el anciano, presentado por sí mismo a aquellos jóvenes, era D. Joaquín María López, famosísimo orador, insigne literato, jurisconsulto celeberrimo, Presidente del Consejo de Ministros en 1843, que entonces hallábase alejado de la vida pública y que un año después de este histórico mo-

mento moría víctima de un cáncer en la boca.

Ninguno de los contertulios del café de *La Nueva Esmeralda* debió olvidar la halagüena profecía del insigne político.

VI

Pero aquella gratísima tertulia fué paulatinamente reduciéndose, hasta su total desaparición.

Eguílaz, después de estrenar *Verdades amargas*, quedó encadenado al saloncillo del teatro Español y al cuarto de la Teodora, y Luque, encadenado a Eguílaz por amistad entrañable.

Gasset había abandonado la dirección del *Semanario Pintoresco* para arreglar, por orden del Gobierno, varias administraciones de provincias, cargo que conquistó con su inteligenciá de hacendista.

Castro y Serrano hubo de dedicar sus noches al periódico *El Observador*, del que había sido nombrado redactor en jefe.

Carlos de Ochoa, terminados sus estudios de Derecho, fuése a París para colaborar en *La Liberté*, *La France* y otros diarios.

Parada, apenas se doctoró en Medicina, dedicóse a la práctica de su carrera.

De los hermanos Hernández Amores, Germán ganó con su cuadro *La madre de los Gracos* una plaza de pensionado en Roma.

Trueba contrajo matrimonio, siendo su padrino de boda Castro y Serrano, y por cierto que entre todos los antiguos contertulios le compraron, sin avisarle, el ajuar completo de la casa.

Cánovas del Castillo fué de los primeros en desfilarse.

Una noche (érase el año 1854) llegó al café y dijo:

—Chiquitos, me voy.

—¿Adónde?

—A... *el coto de Doñana*.

Todos comprendieron y lo abrazaron, deseándole buena suerte. La política de entonces encerraba muchos peligros.

El lacayo negro de *Doña Ana* no pudo cerrar el paso a Cánovas y éste consiguió presentarse ante los *doce hombres de corazón* (O'Donnell, Dulce, etc.).

.....

Han transcurrido cuarenta y dos años desde aquella fecha.

D. Joaquín María López acertó con exceso en su profecía.

Pero yo le pregunto al actual Jefe del Gobierno:

—¿Cómo estamos de ilusiones, Sr. D. Antonio? ¿Cree usted ya en el talento de las eminencias? ¿En la utilidad práctica de hacer favores? ¿En la abnegación más aparente? ¿En la adhesión platónica del inmenso número? ¿Cree usted siquiera en el acierto de su propio juicio, después de mil sorpresas inauditas?

¡Imposible!

¿Acaso el que examina con un microscopio potente los labios y las mejillas de las mujeres hermosas sigue creyendo en la belleza?

¡Maldito microscopio!...

Pero... ¡benditos tiempos aquellos en que tomaba usted quinientos *realazos* por *La campana de Huesca*!

¿Es verdad?

No necesito que usted me lo diga, señor D. Antonio (1).

(*La Ilustración Española y Americana*, 1896.)

* * *

(1) Días después de publicado le pregunté a D. Antonio en el Congreso:

—¿Ha leído usted mi artículo?

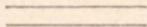
—Sí, señor, y me ha gustado mucho; es exacto en todas sus partes. Seguramente lo ha informado a usted uno de los contertulios, pues sólo así podría conocer tantos por menores sin el más pequeño error.

Así terminaba yo el artículo.

Hoy, conmovido por el vil asesinato del insigne estadista, debo añadir estas palabras de Campoamor:

«Cuando estemos todos en ese campo sin odios que se llama el cementerio, las gentes cruzarán con indiferencia por el lado de nuestros sepulcros olvidados, mientras que no habrá un solo español que, para honrarse a sí mismo y a su patria, no se descubra reverentemente al pasar por delante de la tumba del Sr. Cánovas.»

.....
(*Mundo Naval Ilustrado*, Agosto 1897).



DE ESTUDIANTE A JEFE DEL ESTADO

I

En el año 1848 Castelar estudiaba en la Universidad de Madrid el curso preparatorio de Derecho y las materias de Literatura general y española.

Todos los sábados celebrábanse academias en la capilla de San Isidro, donde los alumnos discutían temas capitalísimos de dichas asignaturas.

Allí se dió a conocer Castelar como orador, produciendo sus discursos la misma emoción que más tarde produjeran en el Ateneo, en las Cortes, en las reuniones públicas y en la cátedra universitaria.

Allí comenzó también Cánovas del Castillo a hacerse notar, siendo el asombro de sus condiscípulos y de sus maestros.

El renombre de las academias literarias

y de los oradores jóvenes había despertado gran interés, y cierto día presenciaron una sesión los más altos funcionarios de la enseñanza oficial, como Seijas Lozano, Gil y Zárate, Revilla, Pastor Díaz, etc.

Un alumno debía leer el meditado discurso; otros dos le harían objeciones orales. Los catedráticos designaron a Cánovas para la lectura y a Alcalá Galiano (don Emilio) y a Castelar para las objeciones.

El tema elegido fué: ¿Cuál de las religiones conocidas favorece más a la expresión estética en el arte y a la poesía?

—Yo mantendré la superioridad del paganismo para este fin—dijo Galiano.

—Y yo la del cristianismo—exclamó Castelar.

—Y yo, ¿cuál?—repuso Cánovas—. Habéis elegido lo mejor; pero como no se trata de profesar doctrinas, sino de mantener controversias, apechugaré con el panteísmo.

La sesión resultó maravillosa.

Cánovas, después de leer su discurso, asombró a todos con sus réplicas brillantes, profundas, acertadísimas.

Castelar pronunció una oración religiosa que hizo llorar y *creer* a los más racionalistas.

Alcalá Galiano deleitó con su sabiduría y corrección de estilo.

Una ovación inmensa y sin precedentes premió el talento de estos excepcionales discípulos.

Al concluir el acto, el Rector, D. Nicomedes Pastor Díaz, los llamó a su presencia y les dijo con acento de convicción profunda:

—Señor Cánovas, usted será un gran orador político.

—Señor Alcalá Galiano, usted será un gran orador forense.

—Señor Castelar, usted hágase cura y será el primer orador sagrado de este siglo.

II

La monomanía de Castelar es leer y escribir. Asegúrase que desde hace cincuenta años todos los días escribe y que sólo deja el libro para tomar la pluma.

Cuando joven acompañábale en estas tareas el insigne pensador D. Francisco de Paula Canalejas. Este, que notó el aroma poético de cuanto escribía Castelar en prosa, le exigió que compusiera algunos versos.

Castelar le replicaba siempre:

—¡Imposible! Mis versos se parecerían

por lo prosaicos a las cuentas de plaza. Como prosista huyo siempre de asonantes y consonantes, y no me creo en el caso de ir a requerirlos como versificador; me sobrá oído para la prosa; pero me falta para el verso.

Canalejas insistió con tal ahinco, que al fin Castelar escribió un poemita sobre la luna, en verso de todas medidas. Entregóselo a su amigo con la condición de que después de leerlo lo rasgara y lo dejase en paz.

Efectivamente, el poemita era de lo más flojo que puede imaginarse.

Lo prosaico, lo incorrecto, lo mal medido se daban cita en aquellos renglones desiguales.

Un día hallábanse en el despacho de Canalejas Ricardo Alzugaray, Miguel Morayta, Francisco Vicéns y Castelar. Era el año 50; Castelar les decía:

—Me precio de conocerme tanto, que nunca haría versos sin romperlos inmediatamente.

Y decíalo en la confianza de que Canalejas hubiera rasgado su horrible poema a la blanca luna.

Pero aquél entonces sacó, sonriendo, un papel verde, que en el acto reconoció Castelar, y como movido por un resorte se

lanzó sobre su amigo y se lo arrebató de la mano.

Sus compañeros adivinaron lo que debía contener, y con gran algarabía cercaron a Castelar para recobrar aquella prueba de su falsa vanagloria.

Logró éste zafarse de ellos y corrió por la casa, siempre perseguido, hasta una alcoba oscura, cuya puerta no pudo cerrar.

Ya iban sus compañeros a sujetarlo, cuando Castelar arrugó el papel del poema y se lo tragó, dejando burlados a todos.

Sus camaradas, con fingido susto, le gritaron:

—¡Qué has hecho, infeliz! ¡Vas a perder la vida!

—¡Lo verde es un veneno muy activo y el papel que te has tragado era verde!

—¡Debes acudir a un médico en seguida!

Castelar, que era muy aprensivo, se puso pálido y tembló.

Pronto comenzó a sentir terrible dolor de estómago.

Lo cierto es que los versos se le indigestaron.

Y ahora dice siempre:

—Las tres cosas que se me han indigestado en la vida son: los percebes, los versos y la federal. No volveré a probarlos.

III

Castelar estuvo en Palacio una sola vez en su vida; fué en el año 1854, tres meses después de su célebre discurso en el teatro de Oriente.

Un gentilhombre lo condujo y acompañó hasta la cámara. No había solicitado ir; pero temió, negándose, faltar a la cortesía con S. M.

Espartero deseaba colocar a los jóvenes demócratas que más se distinguían para fortalecer al partido progresista.

El Sr. Collado, padre del Marqués de la Laguna y de la Duquesa de Bailén, entonces Ministro de Hacienda, había llamado a Castelar a su casa y ofrecídole un destino en su departamento; pero aquél le respondió:

—Muchas gracias; no quiero destinos y menos en Hacienda, porque ni siquiera sé sumar.

Pocos días después Pacheco le brindó con la Secretaría de la Legación en Berlín, para que ampliase allí sus estudios de la cátedra. También rehusó.

Creyóse que la Reina ablandaría al in-

tratable demócrata, y a este objeto se le llamó a Palacio.

Pero su conversación con la Reina tomó un giro muy diverso del que debía esperarse.

Las Cortes Constituyentes del 54 acababan de confirmar la dinastía y el trono en una votación donde tuvieron 21 votos los demócratas. Dividíanse a la sazón éstos en republicanos y antidinásticos, o sea en demócratas que veían la democracia con su propia natural forma y demócratas que sólo deseaban alterar la personificación del Estado en familia nueva, dejándole su antigua organización monárquica.

La Reina le dijo a Castelar:

—He leído con atención tu artículo en *El Tribuno* a favor de la República, y te confieso que más me ofenden los antidinásticos que los republicanos.

—Lo creo, señora—le replicó aquél—, pues los unos combaten la institución y los otros la persona de la Reina.

—¿Qué opinas de la supuesta disidencia entre los progresistas y los conservadores?

—Que esta disidencia se patentizará más tarde. Puesta V. M. entonces en la indeclinable alternativa de elegir entre ellos, optará por los conservadores. La primera victoria será de V. M., porque éstos perso-

nifican y defienden intereses muy poderosos; pero al declararse los progresistas antidinásticos, serán derrotados en el primer choque con el Trono y en un segundo choque vencerán. V. M., con toda su dinastía, será destronada, pues los progresistas representan, frente a los intereses fuertes, pero efímeros, de los conservadores, ideas que parecen al pronto débiles y son inmortales. El mundo es un campo de batalla entre las ideas y los intereses; las victorias parciales son todas de éstos; pero las victorias definitivas son todas de las ideas.

La Reina no se mostró enojada, imputando la audacia de tal profecía a romanticismo de los veintiún años más que a desacato de un tribuno casi adolescente.

Castelar se arrepintió más tarde; es decir, después que hubo trabajado tanto para que su profecía se cumpliera, y juró no tornar a ver nunca a Rey alguno.

IV

Habían transcurrido muchos años.

Era la noche del 23 de abril de 1873, en la que tanto peligro corrió la Comisión

permanente de la primera Asamblea republicana, compuesta de demócratas monárquicos. A causa de haber apelado éstos a las armas contra el Gobierno, desatóronse las turbas por Madrid y corrieron al Congreso para hacer, decían, una justicia tremenda en los enemigos de la República.

Castelar, Ministro entonces, había tratado de conciliar los ánimos, oponiéndose a que la Comisión permanente fuese disuelta, porque eso equivalía en su opinión a un golpe de Estado.

A las nueve de aquella noche le dieron aviso de que las turbas iban a cometer asesinatos en el palacio de las leyes, y entonces desde el Ministerio de la Gobernación fuese acompañado tan sólo de su secretario, escuchando en todo el trayecto amenazas de muerte dirigidas a los diputados que se oponían al Gobierno.

Castelar entró en el Congreso por la puerta de la calle del Florín. La escalera estaba henchida de gente armada, que obstaculizaba el paso; pero usando de su ascendiente, de su palabra, consiguió subir. Al entrar en el salón de conferencias encontróse a un anciano muy fuerte y robusto, armado de formidable trabuco, que buscaba con ahínco a Becerra y Rivero para fusilarlos.

Castelar le gritó, deteniéndolo:

—¿Qué le han hecho a usted esos señores?

—Me han complicado en la causa del asesinato de Prim.

—¿Y para demostrar que no tomó usted parte en ese asesinato se hace usted asesino? ¡Abajo el trabuco!

—Tiene usted razón—respondió persuadido y alejándose.

En aquel momento un grupo agredía a Echegaray en los pasillos. Castelar se interpuso, y cogiendo a Echegaray del brazo declaró que morirían juntos. Pero el mayor peligro estaba fuera, pues muchos *gorros colorados* aguardaban en la puerta de la calle de Floridablanca para que Echegaray no pudiera escaparse.

—Si son doce, aún podremos algo—dijo Castelar—; si son ciento, estamos perdidos. ¡Que abran la puerta!

—Va usted a cometer una locura—exclamó un general—. Se conoce que es usted joven.

—¡Que abran!—replicó Castelar.

Los dependientes del Congreso abrieron; aquél llevaba de un brazo a Echegaray; su secretario al diputado Villaverde (hoÿ Marqués de Pozo Rubio).

Los diez o doce *gorros colorados* apuntaron al pecho de todos en cuanto los vieron aparecer.

—¡Disparad!—les gritó el elocuente tribuno con aquella voz intensa y aguda de las grandes reuniones, que ha llegado en Madrid, en Barcelona y en Zaragoza hasta los oídos de diez mil personas.

Aquel grito paralizó las manos de los fanáticos, y su jefe replicó:

—Contra ti no haremos nada; pero suéltanos esos reaccionarios, esos jesuitas; queremos matarlos aquí mismo.

—¡Nunca! No puedo soltarlos; nos fusilaréis a todos, y el pueblo, al ver el cadáver del que os ha enseñado la República tendido sobre las aceras, acabará con este Gobierno débil y esta situación imposible y nefasta.

Echegaray había conservado su sangre fría, su serenidad, sin asustarse ni aturdirse; miraba todo aquello con los ojos de su genio dramático y le apretaba el brazo a Castelar, diciéndole:

—¡Admirable! ¡Admirable!

Y así, conteniendo aquél a la turba con su elocuencia, llegaron a la puerta del Casino, donde sus amigos se refugiaron rápidamente. Entonces Castelar volvióse y dijo:

—Ya están salvados; ahora podéis matarme.

—Nosotros—le respondió el jefe—que-

ríamos acabar con esos realistas; pero contra ti ni podemos ni queremos nada.

Castelar pudo salvar del tiro de la multitud a Echegaray; mas no a la República del voto de sus compañeros de Gobierno.

En aquella noche, que se relacionaba con los sucesos del 3 de enero, murió el régimen republicano.

V

Castelar fué el último Presidente de la República nombrado por las Cortes. Pudo haber sido el primero, pues nadie gozaba de tanta influencia por entonces.

Sus actos como Jefe del Estado, su programa, etc., pertenecen a la Historia, que todo el mundo conoce.

Sábese también que para alcanzar el fin supremo de su política se consagró a restablecer el Ejército y a reanudar amistades y relaciones con la Iglesia. Para esto último fueron grandes sus esfuerzos.

Era el dicho año 1873, en que Bismarck dictó contra la Iglesia sus famosas leyes de mayo. Gneisth, presidente de la Comisión parlamentaria que en Berlín redactó aquel Código draconiano, tenía gran afec-

to a Castelar, y le dirigió una carta política, consultada con el Canciller.

La carta decía en concreto:

«Gambetta es el jefe de acción de la democracia europea; vos sois el verbo y el pensamiento. El Canciller no comprende que mientras Gambetta clama que el clericalismo es nuestro enemigo, vos tratéis con el Papa.»

Castelar respondió:

«Decidle al Canciller de mi parte, amigo Gneisth, que yo debo conjurar el carlismo, y para ello no me bastan las fuerzas materiales; necesito fuerzas morales, que no puedo encontrar sino en una conciliación de la República con la Iglesia. El Papa estaba en vías de nombrar los Obispos; si los nombra sin mi consentimiento, quedan por el suelo regalías de la Corona que han heredado la República y su Presidente. Si no los nombra y continúa su enemistad con la revolución, el carlismo crecerá en pujanza y los demócratas quedarán perdidos para siempre. Bismarck tendrá que revocar las leyes de mayo hechas por vos. Bismarck tendrá que ir a Canosa.»

Y, con efecto, fué a Canosa, cumpliéndose se la profecía de Castelar.

También por entonces Víctor Hugo le escribió:

«Habéis fundado una República tan por extremo conservadora, que seréis más impopular en España que lo fué Lamartine en Francia. Ved cómo yo, a mis años, conservo la popularidad.»

Castelar contestó:

«Vos conservais la popularidad que Lamartine perdiera en su Gobierno y que estoy perdiendo en el mío. La conservais porque no habéis sido Ministro.»

Cuando en la madrugada del 3 de enero anunció Castelar a sus correligionarios en un discurso que los arrojarían del Congreso, como ocurrió poco después, se asombraban los diputados de que hubiera podido con tal firmeza y seguridad predecir aquel suceso.

Y Castelar contestaba:

—Estos correligionarios míos están hoy en astronomía política como estaban en astronomía científica los indios del Yucatán y de Jamaica cuando creían que sus descubridores fabricaban los eclipses a su voluntad porque los anunciaban siempre con exactitud matemática.

.....
Y yo pregunto ahora al gran tribuno:
—¿Cree usted que han progresado algo como astrónomos políticos?

¡A que no!

(*Mundo Naval Ilustrado*, septiembre 1897.)

EL TERROR DE LOS MINISTROS

I

En el año 1853 el Sr. Cadavieco era un digno empleado con seis mil reales en la provincia X... Nunca había discutido de política y elogiaba a todos los Gobiernos; su preocupación única era mantener a su mujer y seis hijos de nómina a nómina sin solución de continuidad. Trabajador concienzudo, no tenía ambiciones y se juzgaba feliz (1). Pero un día lo llamó su jefe y díjole entristecido:

—¿Sabe usted, Sr. Cadavieco, que ha cambiado la situación política?

—Sí, señor.

—¿Y que ahora tenemos de Presidente

(1) González Bravo refirió a mi padre, del que era muy amigo y paisano, este suceso curioso con todos sus pormenores. Hace años lo dí a luz en *El Liberal* y ahora se reproduce con la curiosa carta del que fué secretario particular del Conde de San Luis.

del Gobierno y Ministro del ramo al señor Conde de San Luis?

—¡Ah! ¡Excelente persona!

—Pues esa excelente persona lo deja a usted cesante, mi buen amigo. Vea usted la comunicación... Y créame que lo siento en el alma.

El Sr. Cadavieco abrió los ojos y la boca, palideció y dejó caer el sombrero.

—¡Cesante!—murmuró cuando pudo—. ¿Pero el Sr. Ministro ignorará que tengo mujer y seis hijos?

—Eso asegúrelo usted.

—Pues lo sabrá; sí, lo sabrá... ¡Iré a Madrid!

Y el Sr. Cadavieco, consternado, pero resuelto, salió de la oficina, entró en su casa, recogió las migajas de su hucha, besó a su media docena de vástagos y ocupó un asiento de la diligencia que salía para la Corte.

II

El Sr. Cadavieco había estado en Madrid durante cuatro o cinco años de su juventud; pero no conocía a ninguna persona de valimiento político.

Esto le inquietaba poco, pues confiaba en

su buena causa y en que un Ministro honrado no había de condenarlo a la miseria.

—Lo malo es que esos señores necesitan memoria y no todos gozan de la que han menester—solía repetirse.

Nuestro hombre pidió una audiencia al Conde de San Luis y la obtuvo.

—¿Quién es usted y qué desea?—le preguntó el Conde.

—Señor, soy Cadavieco, empleado cesante, con mujer, seis hijos y buenos informes. Deseo mi reposición, si vuestra excelencia se digna...

—Procuraré complacerlo... Ya veremos si es posible—contestó el Ministro, según fórmula consagrada—. Deje usted la nota, y si no le ocurre otra cosa...

—¡Oh! Nada más, Sr. Ministro. Beso las manos a vuestra excelencia.

Y Cadavieco salió muy satisfecho y persuadido de que al día siguiente recibiría su credencial; mientras, el Conde sumaba la fisonomía y la solicitud del cesante con las del centenar de otros pretendientes faltos de valiosos padrinos.

Pero transcurrieron cuarenta y ocho horas y... inada para el Sr. Cadavieco! Este halló explicación muy fácil:

—La pícara memoria... Eso es.

Por consiguiente, nuestro hombre se

trasladó al patio del Ministerio de la Gobernación y allí estuvo de centinela hasta que llegó el coche del Presidente. Apenas se detuvo aquél, corrió Cadavieco y, anticipándose, abrió con una mano la portezuela y con la otra se quitó el sombrero.

El Conde, al bajar, le preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Señor, soy Cadavieco, empleado cesante, con mujer y seis hijos...

—¿Otra vez?—exclamó el Conde reconociéndolo—. No necesita usted molestarse más, señor...

—Cadavieco... Cadavieco... Cada...

—¡Bien, bien; lo tendré presente!—replicó el Ministro apretando el paso.

Mucho sentía nuestro cesante que persistiera el único estorbo para su felicidad; pero ¿había de renunciar a destruirlo, si le iba en ello el pan de su familia, larga y menuda?

En aquellos días el Conde cayó enfermo de un enfriamiento que a nadie preocupó por lo leve; pero cada mañana le llevaban al lecho con los periódicos una tarjeta concebida así:

Al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros

B. L. M.

J. CADAVIECO

(Empleado cesante, con mujer y seis hijos), que hace votos por su preciosa salud.

Estas tarjetas ayudaron a sudar al Conde y a restablecerse.

Mas cuando salió de nuevo halló en la puerta al cesante, que lo felicitaba, y no pudo contener su enojo.

—Señor mío, agradezco tantas atenciones; pero siento decirle terminantemente que nunca me será posible colocarlo.

Y mientras el Ministro partía en su coche, el pobre Cadavieco murmuraba:

—¿Qué oigo? El Sr. Conde tiene ya buena memoria; mas ahora le falta voluntad... ¡Yo la conquistaré con paciencia!

Y puede decirse que entonces comenzó su campaña Cadavieco.

Si el Ministro iba a misa, allí estaba nuestro hombre colocado ante el altar e inevitablemente visible. Si iba al teatro, al entrar y al salir murmuraba a su oído:

—Señor, Cadavieco cesante, con mujer y seis hijos...

En el Congreso y en el Senado siempre encontraba al eterno Cadavieco, primeramente en la puerta y luego en la tribuna pública, celebrando con palmas los elogios dirigidos al Gobierno.

El Conde de San Luis había agotado todos los medios para librarse del importuno; ni el desdén, ni la burla, ni el enfado, ni la amenaza fueron eficaces. Era impotente

contra aquel hombre fantasma, siempre humilde, respetuoso, suplicante. ¿Qué había de hacer con él? ¿De qué delito podría acusarlo?

Pero es lo cierto que el Conde no podía apartar ya de su imaginación al cesante y que a veces le preocupaba más el fastidio del próximo encuentro ineludible que un negocio de Estado. Llegó a repetir a solas maquinalmente aquel nombre que lo ponía nervioso, y al acostarse miraba debajo de la cama, inseguro de que el cesante no se hubiera escondido allí para dirigirle su plegaria.

Por último, el Conde, desesperado, aburrido, tomó una resolución heroica.

Aquel día, al bajar de su coche en el Ministerio, en vez de increpar duramente a Cadavieco, le dijo:

—¡Sígame usted!... ¡Venga usted a mi despacho!

El cesante obedeció temeroso y poco después se hallaba enfrente del Ministro, que ocupaba su poltrona.

—¿De qué sueldo gozaba usted?

—Señor, de seis mil reales.

—Bueno; pues tome usted esta credencial de diez mil reales para las islas Canarias. Pero le advierto y le juro que si dentro de veinticuatro horas está usted aún

en Madrid lo meto en la cárcel. Lo mismo le ocurrirá si se atreve a volver. Puede usted marcharse.

Cadavieco, aturdido, confuso, emocionado, no respondió palabra; recogió su credencial y escapóse como una saeta.

El Ministro supo por la Policía que aquella misma tarde había salido Cadavieco de Madrid.

Y entonces respiró.

III

Once años después de este verídico suceso era Narváez jefe del Gabinete y don Luis González Bravo Ministro de la Gobernación.

Un día vióse éste compelido con urgencia a remover varios empleados para colocar a otros, y a fin de no dar *palos de ciego*, esto es, sobre los amigos de sus amigos, pidió el libro registro de recomendaciones.

—Veamos—dijo al jefe del personal—. ¿Cuáles son entre los más antiguos los menos acorazados?

Del examen resultó que el más débil tenía las conchas de un caimán.

Sólo uno aparecía huérfano de toda defensa.

—¿Y a este Sr. Cadavieco nadie lo ha recomendado?—preguntó el Ministro.

—No, señor... Y si a V. E. le parece...

—Sí, hombre, sí; desde luego.

Fuése el jefe del personal y González Bravo quedó buscándole explicación al fenómeno de que dicho empleado hubiera permanecido once años en su puesto, porque sabido es que en aquella época a cada cambio de Gobierno se removían casi todos.

Con efecto; desde 1853 a 1864 habían sido Ministros de la Gobernación los señores Santa Cruz (D. Antonio y D. Francisco), Huelves, Escosura, Ríos Rosas, Nocedal, Armero, Bermúdez de Castro, Ventura Díaz, Fernández de la Hoz, Posada Herrera, Calderón Collantes, el Marqués de la Vega de Armijo, Rodríguez Baamonde, el Marqués de Miraflores, Cánovas del Castillo y D. Alejandro Mon. ¿Cómo es que ninguno se había visto en la triste precisión de sacrificar al inofensivo Cadavieco?

El gran estadista y hombre de mundo, más curioso cada vez, inclinóse sobre el libro, y entonces distinguió algunas palabras medio borrosas, escritas con lápiz, del pu-

ño y letra del Conde de San Luis, a continuación del nombre de Cadavieco.

Estas palabras decían:

¡Ay de quien te toque!

Apenas las hubo leído González Bravo, oprimió el timbre con fuerza y escribió también al margen:

¡No seré yo! (1)

Diciembre 5 de 1892.

(1) La publicación de este artículo dió motivo al señor D. José Ortega Zapata para dirigirme la siguiente curiosísima carta:

Badajoz, 10 de Diciembre de 1892.

Sr. D. Pedro de Novo y Colson.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Permítame usted que le felicite el periodista setentón, que tiene que dirigirse a usted escribiendo a lápiz, porque ya le cuesta un triunfo escribir con pluma, y que, en sus cortas alegrías de la senectud, cuenta la de ser el padre de José Ortega Munilla, acaso amigo de usted; permítame otra vez que lo felicite por el episodio histórico, su título «El terror de los Ministros», publicado por usted en «El Liberal» del 5 del corriente Diciembre.

Puedo dar fe de que es usted un narrador de exacta verdad al contar los ardides de que se valió Cadavieco para lograr que el Conde de San Luis, para mí de veneranda memoria, le repusiera en el destino del que el mismo Conde, siendo Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Gobernación en 1853, le había dejado cesante. Y puedo testimoniar la autenticidad de los hechos, con tanto gracejo por usted contados, porque desde el año 1865 hasta el de 1871, en que falleció el Conde de San Luis (por desgracia de España y por mayor desgracia de los muchos protegidos de aquel perinclito hombre de Estado, de imperecedera fama), tuve la alta y mucho más que alta incomparable honra de ser su secretario particular.

Le oí referir las persecuciones con que el buen Cadavieco le hizo maldecir en más de una ocasión la hora en que, inconscientemente, como ahora se dice, acordó su cesantía.

La lectura que, párrafo por párrafo, línea por línea, palabra por palabra, he hecho de la preciosa narración de usted, ha evocado en mi aun no fatigada mente los nunca amortiguados recuerdos del que en vida fué el Excmo. Sr. D Luis José Sartorius y primer Conde de San Luis desde el año 1847; del que en la intimidad de su trato era todo atracción, todo simpatía; del que hoy, si viviera, se diría que «sugestionaba», que «hipnotizaba».

.....
He robado a usted, Sr. Novo, mucho tiempo con esta carta, escrita no tan sólo para felitarlo por su cuento de «Cadavieco», sino además para darle gracias, en nombre de la querida memoria del señor Conde de San Luis, por haberle usted dedicado el artículo que es bello ornato de la primera plana de «El Liberal» correspondiente al día 5 de Diciembre de 1892.

Y termino ofreciendo a usted mi amistad, en ésta mi residencia accidental de Badajoz, donde me tienez confinado mi quebrantada salud, que no me permite vivir en Madrid, cuyo clima me es muy dañoso.

De usted afectísimo atento seguro servidor, q. b. s. m.,

JOSÉ ORIEGA ZAPATA».

EL POETA DE LOS DESAFIOS

I

No acertaréis con su nombre.

Oigamos lo que de él dice Revilla:

«En su cuerpo se alberga un alma bondadosa y dulce, un carácter franco y jovial, un corazón sencillo, cándido, casi infantil y una poderosa inteligencia... Afable en su trato, muy amigo de sus amigos, indolente para todo lo que no sea hacer versos, Campoamor es persona por extremo simpática y de todos querida.»

Y esta opinión es general y justa.

¿Cómo pudo resultar un pendenciero?

Por efecto de las circunstancias, que esclavizan a los hombres.

El autor de las *Doloras*, de esos dramas de veinte versos, como decía Alarcón, ha mantenido polémicas de variadísima índole sin retroceder nunca.

Esas *Doloras*, encanto de las mujeres,

fueron objeto de burlas para los periódicos satíricos.

Los krausistas, que al principio las elogiaron por hallarlas afinidades con sus tendencias filosóficas, después les declararon guerra cruda, y Campoamor se vengó de ellos publicando el famoso artículo «¡A la lenteja, a la lenteja!», frase que habían empleado los krausistas para determinar la forma de la creación.

Aquel artículo los *malhirió* tanto, que Azcárate decía a Campoamor pasado algún tiempo:

—Si lo hubiera encontrado cerca, le habría dado de bofetadas.

II

El primer lance que tuvo fué con el senador D. José Poló.

Lo originó un sueto burlesco que el poeta eminente publicó en el *Heraldo* cuando se hallaba de jefe político en Castellón de la Plana.

Poló juró vengarse y apenas cesó Campoamor en dicho cargo le envió sus padrinos.

El duelo se verificó en Valencia.

Las condiciones estipuladas fueron: a la pistola, apuntando y disparando hasta que cayese uno de los dos.

Llegados al terreno y sorteados, le tocó a Polo disparar el primero.

Hízolo así y la bala levantó tierra, que salpicó el rostro de Campoamor.

Inmediatamente éste apuntó a su adversario; pero, arrepentido, levantó el brazo y disparó al aire.

—Ahora vuelva usted a tirar—le dijo con sencillez a Polo.

—¿Cómo quiere usted que lo haga?—contestó sorprendido—. Usted es el que debe repetir, pero apuntándome.

—¡Eso, no; yo no tiro más!

Los padrinos Dupuy y Castillo intervinieron con opiniones diversas y el poeta interrumpió diciéndoles:

—No se cansen ustedes; no tiro más, porque conozco que mi contrario tiene razón. Yo he ofendido a Polo y lo siento; por consiguiente, esto se ha acabado y seremos amigos.

Palabras textuales.

.....

III

El segundo lance del poeta fué más original.

Este y un antiguo conocido suyo se habían agraviado de palabra a consecuencia de una discusión.

Nombráronse padrinos, concertóse el duelo y cuando todo quedó estipulado para la mañana siguiente recibió Campoamor una carta de su antagonista pidiéndole que aquella misma noche le aguardara en el café Suizo.

Aquél acudió y lo halló sentado cerca de una mesa.

—Señor mío—le dijo a Campoamor—, ¿usted desea batirse a todo trance, tenga razón o no la tenga?

—Me bato porque tengo razón.

—¿Y si no la tuviera?

—Entonces... ¡Pero la razón es mía!

—Eso no lo sabe usted, sino un extraño a quien usted mismo le cuente lo ocurrido y le pida su parecer leal.

—¿Pero ese extraño...?

—Será el que usted elija.

—Bueno; ¿y qué haremos?—replicó con candidez.

—Convenir en que el ofensor injusto dé satisfacciones al ofendido. ¿No es esto lo más razonable?

—Razonable, sí...; pero ¿a quien elijo?

Campoamor paseó una mirada por el café y distinguió en medio de un grupo al poeta García Gutiérrez.

—Ya tengo mi hombre—repuso alegremente—. Vamos a contarle nuestra tragedia.

Acercáronse ambos al autor de *Venganza catalana* y le llamaron aparte.

—Escucha, Antonio. Este caballero y yo hemos resuelto hacerte árbitro...

Y le contó con exactitud el origen, marcha y desenlace de la cuestión surgida.

García Gutiérrez escuchólo atentamente y al terminar le dijo a Campoamor:

—Chico, no tienes razón ninguna.

—¿Que no?

—Absolutamente. Toda le corresponde a este caballero.

—¿Se convence usted?—exclamó el aludido—. Pues ahora no quiero que me dé usted satisfacciones.

—Pero...—contestó el poeta sonriendo— itomará usted conmigo una taza de café!

I V

Transcurridos algunos años, cuando Ulloa era Ministro de Marina, escribió Campoamor un artículo defendiéndolo contra los jefes de la Armada.

«¿Por qué no queréis al Sr. Ulloa?—venía a decirles—. ¿Porque no ha cogido una ostra en su vida?

Lo de la ostra era lo más *sustancioso* del artículo; sin embargo, el poeta, al enviárselo a Escobar, le escribía:

«Ahí va eso; si encierra peligro, no lo publiques.»

Y Escobar le contestó:

«Por lo gracioso te salvará.»

Pero los marinos, apenas lo leyeron en *La Epoca*, nombraron a D. Juan B. Topete para que desafiase a Campoamor.

Debemos advertir que éste en aquel tiempo tiraba muy bien al sable y a la pistola.

Y como, aunque bondadoso y jovial, nunca rehusaba los lances, aceptó el reto del impetuoso Topete.

Fueron padrinos de Campoamor el General Reina y el Barón de Villatardi; de

Topete, los Generales de Marina Quesada y Prast.

Concertóse el duelo a sable y se verificó en la quinta de Salamanca.

Una vez frente a frente los dos adversarios, dióse la señal y comenzó la lucha.

Muy pronto pudo advertir Campoamor la superioridad de su destreza.

El marino atacaba vigorosamente, pero sin resultado.

El poeta paraba sus golpes con facilidad.

Aquél, cegado por la ira, menudeaba los tajos y reveses, que siempre encontraban su quite.

Campoamor, a su vez, atacó, sin lograr tocarlo.

Pero la duración del asalto tenía que ser desventajosa para Topete.

Así, a poco, Campoamor lo hirió en la frente y la cabeza.

Topete, con el rostro ensangrentado, dió un rugido y se lanzó sobre el poeta.

Este acudió a la parada y segunda vez lo hirió en la mano derecha, desarmándolo.

Entonces el bravo marino exclamó con rabia:

—¡Condenación! ¿Qué dirán mis compañeros?

El General Reina, interponiéndose, le respondió:

—Dirán que ha sido usted un valiente; pero con las armas hiere la casualidad.

Campoamor en seguida se acercó a Topete y le dió un abrazo.

Desde entonces fueron buenos camaradas.

.....

V

Pasaron años; Topete era Ministro, y Campoamor lo halló en el Congreso cierto día.

—¡Ay, amigo mío!—le dijo aquél—. ¿Por qué no me abrió la cabeza en dos mitades?

—¿A qué viene eso, D. Juan?

—¡Porque estoy aburrido, harto de la vida!—repuso el héroe del Callao.

.....

Como dato curioso añadiré que los sables que sirvieron para aquel desafío los proporcionó Moreno Benítez y estaban afilados cual navajas de afeitar.

Pocos días antes de morir este hombre público le dijo a Campoamor, mostrándole una panoplia:

—Mira, mira el sable con que deseaba yo que Topete te matara.

VI

Y he aquí por qué circunstancias un hombre todo bondad y dulzura puede pasar a la Historia con la tacha de camorrista.

Para que nadie dude de esa ingénita bondad, sirvan de prueba algunos rasgos de su vida, aún desconocidos.

Cuando Campoamor se hallaba de jefe político en Alicante tropezó en una calle con el periodista Villalba, que estaba perseguido por el Gobierno.

—¡Hola! ¿Es usted?

—No puedo negarlo, D. Ramón—le contestó Villalba emocionado.

—Pero ¿no sabe usted que lo busco para prenderlo?

—¡Sí!

—Pues, hombre, procure usted que yo no lo encuentre... ¡Vaya usted con Dios!

.....

Mientras ejerció el mismo cargo en Castellón de la Plana fué aquella provincia refugio de todos los reos políticos. Allí acudieron Ruiz Aguilera, Mendía, Mascarós, etc.

El Conde de San Luis le envió orden de

prender a este último, y Campoamor contestó dimitiendo.

.....
 A una circular de Narváez preguntándole cuántos soldados necesitaba para sostener el orden respondió el autor de las *Doloras*: « No haya miedo de que aquí se altere el orden, *porque no tengo ni un soldado*».

Respuesta que sacó de sus casillas a Narváez, aunque fué perdonada.

VII.

Como asunto de actualidad recordaré su drama *Cuerdos y locos*.

Nadie ignora que en estos días prepara el teatro de la Comedia una función solemne en honor de Campoamor para representar aquella obra filosófica.

Cuando hace muchos años se estrenaba *Cuerdos y locos* ocurrió que, poco antes de levantarse la cortina, Mariano Fernández le dijo al poeta:

—Por supuesto, usted conocerá que su drama no puede pasar del acto segundo.

—¿Sí? Pues, hijo, yo no lo sabría hacer mejor.

—¡Mire usted que no me engaño!

—Entonces... ¡me voy a casa!

Y, con efecto, Campoamor se fué a su casa y se dispuso a dormir.

A las dos horas le despertaron con la nueva de que la obra obtenía un éxito ruidoso.

El poeta se vistió y volvió al teatro, renegando de su credulidad en Mariano Fernández.

Las representaciones se repitieron veinte noches, si no estamos mal informados.

¿Por qué no ha seguido escribiendo para la escena después de aquel ensayo y otros?

A esto responde Campoamor invariablemente:

—Porque los disgustos que proporciona el teatro son insoportables. ¿Qué necesidad tengo de sufrirlos? ¡Yo, que siempre he sido tan comodón!

—¡Ninguna, y hace usted muy bien!—
le contestaría cualquier autor dramático.

22 Enero 1896.

ALREDEDOR DE UN NOVELISTA

I

El insigne novelista D. Juan Valera, a su regreso de Dresde, entró en la Redacción de *El Contemporáneo*, que comenzaba a publicarse.

Por entonces, Posada Herrera y O'Donnell querían negar la legalidad al partido republicano, y a Valera se le antojó escribir un artículo sosteniendo que la libertad de pensamiento y de imprenta obligaban a reconocer como iguales a todos los partidos que no pugnasen con la moral.

—Muy atrevido es esto—le dijo Albareda—; van a disgustarse los moderados.

El novelista contestó sonriendo:

—¿Quién sabe?

Efectivamente; la plana mayor del partido opinó que todas las armas eran buenas para combatir al contrario.

Peró las declaraciones del periódico quedaron escritas y registradas.

O'Donnell cayó del Poder y entró Narváez, con González Bravo de Ministro de la Gobernación.

—¿Qué desea usted?—le preguntaron entonces a Valera.

—La Dirección de Instrucción pública—contestó.

Mas Isabel II le opuso su veto; era un redactor *impío* de *El Contemporáneo*.

Valera, pues, hubo de contentarse con la Dirección general de Agricultura, Industria y Comercio.

Para la de Instrucción pública fué nombrado D. Eugenio Ochoa.

Y aquí entra lo curioso.

Ochoa, cuando carecía de empleo oficial, se había dedicado en París a la literatura, y cuéntase que tradujo la *Vida de Jesús* por Renán.

Añaden que decíale a su esposa acerca de este libro:

—Observa, observa cómo pinta la resurrección de Lázaro y cómo explica que el amor convirtió a una mujer histérica en la Santa Magdalena.

A lo que la digna dama contestaba temerosa:

—Eugenio, eso está mal; vas a comprometer tu porvenir.

Pues bien; al ser Ochoa nombrado para

aquella Dirección escribió una circular ultramontana, en la que apretaba las clavijas terriblemente al libre pensamiento, y se la leyó a Isabel II y al padre Claret, entusiasmándolos.

Después se la leyó a Valera, quien le dijo:

—Muy *bonita*; pero las declaraciones de *El Contemporáneo* están en pie, y con esta circular nos echa usted a la calle.

Era cierto; Ochoa convino en atenuarla y Valera en corregir las pruebas.

Aún resultó tan *rabiosa*, que los periódicos liberales lo pusieron como chupa de dómine.

La esposa de Ochoa, enterada del tumulto producido, le escribió desde París:

«¿Lo estás viendo? Ya te decía que tanto leer a Renán iba a perjudicarte. Sus tesis satánicas, en que te inspiras sin duda, son las que te producen esos disgustos.»

A lo que contestó Ochoa:

«¡Pero, mujer!, ¿qué dices? Si consiste en todo lo contrario. En París admiraba yo a Renán; pero en Madrid escandalizo justamente porque combato sus ideas y predico como un inquisidor.»

II

Valera fué uno de los treinta o cuarenta diputados que las Cortes españolas mandaron a Italia en busca del Rey D. Amadeo y el que escribió el discurso que debía pronunciar Ruiz Zorrilla ante Víctor Manuel.

Llegaron a Génova a bordo de la *Nu-mancia*, y primero que ellos llegaron los periódicos de Madrid; en dichos periódicos se *publicaba íntegro el discurso*.

Esta diablura fué causa, como debe suponerse, de que se redactase otro, con gran sigilo, entre Navarro Rodrigo y Romero Robledo.

Nuestros diputados, sin duda por espíritu de corporación, recorrían la ciudad en grupos, lo que inspiró al Marqués de Salamanca esta frase:

—¡Parecéis una estudiantina española!

Entre ellos iba el chistoso presbítero Alcalá Zamora, muy aficionado a las bromas y al culto estético.

Un día que había concertado con otros ir a lugares bien profanos le salieron al encuentro varios gentileshombres que el Rey elegía para que acompañasen y sirviesen de guía a los diputados españoles.

Alcalá Zamora procuró evadirse cortésmente, pero no pudo conseguirlo.

—*Signore, idove vuol andare?*—le interrogó uno de aquéllos al hallarse en el portal.

Nuestro cura, disimulando su disgusto y con hipócrita unción, contestóle:

—*A comperare rosariü.*

Y guiado a la mejor tienda, tuvo, efectivamente, que comprar rosarios, con despecho de Satanás.

Augusto Ulloa, que se hallaba encargado de presentar a todos en cualquier parte, decía siempre:

—*Il signore Alcalá Zamora, eccellente parroco.*

—*Il signore Víctor Balaguer, eccellente trovatore.*

Y así a los demás.

Cuando llegó el momento de acompañar a España a D. Amadeo se nombró una Comisión especial, compuesta de los señores Ulloa, Ríus, Marqués de Sardoal, General Rossell, el Duque de Tetuán y Valera.

Esta Comisión saludó primeramente al Príncipe Humberto en Milán, también a Manzoni y luego se detuvo en Turín aguardando al Rey electo.

Allí, para ahuyentar el *spleen*, jugaron

al *bacarrat*, y el General Rosell perdió todo el dinero que llevaba.

El Marqués de Sardoal fué quien se lo ganó.

Días después contaron delante de ellos este gracioso cuento:

«El marido de una *prima donna* leía en el gabinete de su casa un periódico en alta voz y, entre otras cosas, dijo:

»—*Il Generale X... a perduto una bagaglia.*»

»La *prima donna*, que bordaba a su lado, exclamó dulcemente:

»—*iAh, si, lo conozco! M'a... fastidiato in Napoli.*

»A lo que el marido replicó con dignidad:

»—*Ma non interrompa per tan piccola bagatella.*»

Recordando el cuento, cada vez que se nombraba al Marqués de Sardoal decía el General Rosell:

—*iAh, sí, lo conozco! M'a... fastidiato in Torino.*

Entre los de la Comisión, el Duque de Tetuán fué el único que huyó del juego y de las alegrías. Su formalidad y buena conducta quedaron acreditadas y... re-

compensadas, pues a su regreso a España lo nombraron jefe del Cuarto de D. Amadeo.

III

A decir verdad, los de la Comisión habían formado erróneo juicio sobre las dotes intelectuales de este Rey caballeroso y alguien llegó a proponer que se le escribiese a Prim...

Pero Valera se opuso, diciendo:

—Nosotros hemos venido a acompañar al Rey; si, aunque lo dudo, *egli una povera intelligenza*, el General Prim será un segundo Almanzor y D. Amadeo uno de aquellos califas que no servían para nada. Además, el Rey es buen mozo, muy valiente, monta a caballo, caza a la perfección y encantará a todo el mundo.

Por mi parte, disiento del juicio que D. Amadeo mereció a varios diputados, pues posteriormente hubo de probar que le sobraba buen sentido y admirable tacto. Y ésta es y será la opinión de la mayoría de los españoles.

I V

El 26 de diciembre embarcó el Rey con su comitiva en la *Numancia*; el 30 llegó a Cartagena y allí supo el asesinato del General Prim, que le impresionó hondamente.

El día 1.º salió para la Corte.

El Gobierno le había preparado en todas las estaciones una ovación; las autoridades pronunciaban discursos, que el Rey oía y aprobaba en silencio.

Uno de la comitiva le dijo:

—Dígnese contestarle V. M.

—No sé español—replicó D. Amadeo.

—Pues háblele en italiano—repuso otro, con afán de hacerlo más agradable al pueblo.

—¿Para qué, si nadie ha' de comprenderme?—añadió el Rey.

Entonces Echegaray conjuró el conflicto encargándose de improvisar un discurso de réplica en cada una de las estaciones.

Todos fueron diferentes; pero todos venían a decir lo mismo.

—¡Aquí lo tenéis, al hijo del Rey caballero, del Rey galantuomo, que ha dado la libertad a Italia y ha hecho la unión de

aquellos Estados! Aquí lo tenéis, que viene a España afanoso de engrandecerla. Es un Rey constitucional, que no sólo respetará las libertades del país, sino que será más español que si hubiera nacido en nuestra nación. El quisiera expresaros su gratitud por la honra que le otorgáis al nombrarlo vuestro Soberano; pero la noticia de la muerte del General Prim ha embargado y entristecido su alma de tal modo, que la palabra le falta materialmente y no puede deciros ni una sola, aunque su corazón rebosa de entusiasmo; así es que yo, por más que también me hallo entristecido, tengo que encargarme de hablar por él.

En esto el tren partía y Echegaray descansaba; pero al oírse el pito anunciador de la estación próxima, volvía aquél a asomarse a la ventanilla, y apenas concluían sus discursos las autoridades de la localidad, les contestaba la misma voz:

—¡Aquí lo tenéis! El hijo del Rey caballero, del Rey galantuomo, etc., etc.

Y así sucesivamente, hasta que llegaron a Aranjuez.

V

Valera había conseguido su propósito de ser Director general de Instrucción pública merced a Ruiz Zorrilla.

Por entonces llegó a Madrid, muy tronado, nuestro poeta nacional, el autor de *Don Juan Tenorio*, y aquel Ministro quiso darle un buen empleo.

Valera no deseaba otra cosa; pero los buenos empleos eran muy escasos.

—La Dirección de la Biblioteca—le propuso Ruiz Zorrilla.

—¿Cree usted justo el quitársela a Hartzenbusch?—objetó Valera.

—Eso nunca. ¿Y la del Museo Arqueológico?

—La desempeña García Gutiérrez.

—Es verdad.

—Pero tengo una idea. Del Ministerio de Estado dependen las obras pías que hay en Roma; la de Montserrat, por ejemplo, que tiene buena renta. Esta obra pía ha perdido muchas cosas por nuestra incuria, y podemos reivindicarlas, para lo cual sería menester consultar documentos y títulos en los archivos. Déle usted a Zorrilla este encargo.

—Me parece de perlas.

Consultado Martos, accedió gustoso, y al egregio poeta se le asignaron 4.000 duros de comisión.

Pero ¿qué hizo Zorrilla?

Emprender su viaje lleno de entusiasmo y de proyectos, detenerse en una comarca deliciosa que despertó su inspiración... y no pasó más adelante.

VI

Bueno será rectificar una noticia que nos dió la Prensa periódica respecto a la energía con que el Sr. Becerra había contestado al Ministro de América del Norte cuando interinaba la cartera de Estado por ausencia de D. Manuel Silvela.

El que reparó en la nota del representante yanqui, el que redactó su respuesta digna y levantada fué D. Juan Valera, entonces Subsecretario de Estado; éste llevó al Consejo de Ministros la nota redactada por él y allí la leyó y la aprobaron todos, haciéndola suya, como era natural, el señor Becerra, Ministro (interino) a quien correspondía tramitarla.

.....

Y Valera persiste en el mismo criterio de aquella época.

Recientemente lo ha probado en sus notables artículos insertos en *El Liberal*.

El conoce muy bien a los yanquis.

Y sabe describirnos con su gran talento observador, entre otras virtudes de aquéllos, su patriotismo, su desinterés, su generosidad.

—Pero—le preguntaría yo—, ¿qué opina usted sobre su obra *generosa* de extirpar casi toda la raza indígena de los Estados Unidos?

Posible fuera que D. Juan, con su peculiar gracejo, me replicara como el marido filósofo:

—*Ma non me parlate di tan piccola bagatella!*

UN MÚSICO SIN INSPIRACIÓN

I

¿Queréis una nueva prueba de lo que son los certámenes artísticos y literarios?

Pues ahí va.

Hacia el año 1864 se anunció en Matanzas la celebración de unos Juegos florales, y ofrecíanse valiosos premios a la mejor partitura de una zarzuela.

Un compositor español que se hallaba entonces en aquella ciudad envió al Jurado, bajo sobre y con todas las reservas prescritas, una partitura inédita que conservaba en su poder.

El Jurado hizo su calificación, y en la enviada por el maestro a que nos hemos referido puso la siguiente nota:

«Esta partitura no puede admitirse para el concurso porque parece irrepresentable; la música es imposible.»

Y, ¡oh, sabia grey!, la música así califi-

cada fué la de la zarzuela *Luz y sombra*, del maestro Caballero, letra de Narciso Serra.

Muy poco después se estrenaba en Madrid con el éxito extraordinario que todos saben.

El maestro Caballero, que continuaba en Matanzas, la hizo también estrenar en este punto, y previamente remitió a los señores que compusieron el Jurado varias localidades para que asistieran al triunfo de aquella música *imposible y disparatada*.

II

Este insigne compositor, como todos los buenos artistas y literatos, ha sufrido amarguras originadas, no ya en certámenes risibles, sino por las aberraciones y anomalías que diariamente se observan en hombres de verdadero talento, y que comprueba la tantas veces repetida frase de que *en el teatro todo es arcano* y que los de más experiencia son los profetas pobres.

Comenzaba el año 1859.

Ricardo de la Vega había presentado en la Zarzuela su primera producción, titula-

da *Frasquito*, con música del maestro Caballero.

Después de admitida tuvieron ambos autores gran interés en que hiciese de protagonista Vicente Caltañazor.

Justamente acababa de estrenar este artista famoso, con éxito grandísimo, la zarzuela titulada *Un cocinero*, de aquel autor, quien supo con desencanto y enojo que Caltañazor se negaba rotundamente a tomar parte en la obra.

—Pero, amigo mío—le decía Caballero—, ¿qué razón tiene usted para hacernos tal desaire?

—No es desaire.

—Entonces, ¿qué es? ¿Que no le gusta? ¿Teme que resulte un fracaso?

—Quizás.

—Nadie puede predecir el éxito de una obra.

—¡Vaya! Las hay que lo tienen asegurado. Por ejemplo, *El sordo de la posada*, que estamos ensayando. Esa es de las indiscutibles, de las que enriquecen a las Empresas.

—No lo negaré; pero insisto en suplicarle que contribuya con su gran talento a salvar la nuestra.

—¡Imposible! ¡Imposible! —respondía siempre.

Todavía se hizo otro esfuerzo para persuadir a Caltañazor.

El mismo D. Ventura de la Vega, con su gran respetabilidad, le rogó encarecidamente que tomase parte en la obra de su hijo Ricardo; pero también fué inútil.

Entonces los autores de *Frasquito* dieron el papel de protagonista a Galván, segundo tenor cómico de la compañía.

Ensayáronse a la vez las dos obras: *El sordo de la posada*, zarzuela en dos actos, arreglada del francés por Pina (padre), con música del maestro Adam, y la en un acto de Vega y Caballero.

No necesito decir con cuán diferente suma de interés y cariño se ensayaron la obra que inspiraba seguridades más que esperanzas grandísimas a la empresa y la que merecía tan alto desprecio de aquel actor oráculo.

Llegó la noche del estreno de ambas y se representó en primer lugar la arreglada del francés.

Pero, ¡oh, asombro!, esta obra *indiscutible* comenzó disgustando al público y continuó en escala tan ascendente, que su primer acto fué silbado y el segundo pateado, al extremo de que no pudo terminarse. El fiasco resultó de lo más desastroso y turbulento.

Aquel desenfrenado huracán llenó de pavor a los autores de *Frasquito*, que debían embarcarse inmediatamente en la mar procelosa.

Aún se manifestaban las provocadas iras del público cuando se levantó el telón para el segundo estreno de la noche.

El maestro Caballero dirigía la orquesta con la emoción que debe suponerse.

Al terminar el prelude se operó en el público una reacción total y a poco empezaron los aplausos, que siguieron cada vez más nutridos y persistentes; la concurrencia, unánime, hizo repetir todos los números y al acabar la obra le tributó una ovación inmensa.

El maestro Caballero respiró entonces y, dejando la batuta, partió sin detenerse como una flecha hasta el cuarto de Caltañazor.

Hallábanse en él muchos amigos, autores y los empresarios, que lamentaban el desgraciado éxito de *El sordo de la posada*.

Caballero se abrió paso y, encarándose con el actor famoso, le dijo:

—Señor mío, vengo expresamente a darle la enhorabuena por el triunfo que ha alcanzado usted en *El sordo* y también vengo a darle las gracias y a felicitarle, por que no haya usted tomado parte en el *Frasquito*.

Y dicho esto se marchó, dirigiéndose al saloncillo, donde sus amigos le esperaban para abrazarlo.

Caltañazor y los que lo acompañaban habíanse quedado atónitos; pero uno de ellos, D. Luis Olona, salió detrás de Caballero, y cuando pudo hablarle le dijo con su dulzura característica:

—¿Qué ha hecho usted, querido? ¿No comprende que puede calificarse de chiquillada? Yo le ruego que, si me estima en algo, vaya a dar una satisfacción a Caltañazor.

—De ningún modo—contestó Caballero—; podré haber dicho una tontería; pero dicha está.

Olona insistió tanto y tan bien, que poco a poco fué venciendo la terquedad del maestro, y por fin logró que lo acompañase hasta el cuarto del artista. Este se había marchado ya a su casa.

En los días siguientes mediaron muchos amigos officiosos entre ambos y lograron que se reconciasen.

En lugar de la obra silbada volvió a ponerse en escena *El cocinero*, y aprovechando esta oportunidad el maestro envió al cuarto de Caltañazor una fuente de natillas con una tarjeta, donde Ricardo de la Vega había escrito:

Para que aplauda con furor la gente
y puedas cantar bien *El cocinero*,
te manda de natillas una fuente
tu siempre buen amigo

Caballero.

Así quedó sellado entre los dos el pacto
de una verdadera amistad, que duró has-
ta la muerte del inolvidable artista.

III

En Buenos Aires ocurrió a Caballero
una graciosa aventura.

Hallábase de director y maestro de una
compañía de zarzuela, y su amigo Zama-
cois, que funcionaba en otro teatro, díjole
un día:

—Voy a estrenar una piececita de auto-
res de este país y quisiera que asistieses.

—Ya sabes que no tengo una noche li-
bre; pero iré a presenciar cualquier en-
sayo.

Y así lo hizo.

El primer número musical le produjo
gran sorpresa y muy justa.

El segundo número le obligó a levantar-
se de su asiento y, llamando a Zamacois, le
gritó:

—¿Pero qué significa esto? La música que acabo de oír es de una de mis zarzuelas.

—¡Bah! Tendrá cierta semejanza.

—¡Desde la primera a la última nota! ¡Esos números pertenecen a mi *Currilla!*

—¿Qué me dices?

—¿Y el maestro? ¿Dónde está el maestro?

—Ahí lo tienes—repuso Zamacois.

El compositor americano se acercaba entonces a Caballero y le preguntó:

—¿Qué tal le ha parecido?

—Pero ¿es de usted esta obra?

—Sí, señor; la he hecho para Zamacois. Caballero le volvió a preguntar, mirándole fijamente:

—¿Conoce usted la zarzuela *Currilla?*

—¡Phs!... Algo...

—¡Mucho! Pues esos dos números que acabo de escuchar son de esa zarzuela...

—¡Imposible!

—Se lo probaré a usted.

Y Caballero fué a su casa, volvió con la partitura y se la mostró al compositor americano.

Este quedó perplejo algunos instantes y exclamó por último:

—Con efecto, iguales son; lo que me prueba que usted los ha copiado de mí.

Caballero contuvo sus ganas de zaran-
dearlo y dijo:

—No le cito a usted ante los Tribunales
por no perjudicar a Zamacois y porque
comprendo que sería inútil...

.....
Este lance me recuerda otro muy pare-
cido que nos ocurrió a Alvarez Mariño, a
Matías Padilla y a mí en el teatro Alfieri,
de Génova, el año 1888 (donde fuí con
motivo del extremo de mi comedia *Un ar-
chimillonaroi*, que representaba Novelli).

Estábamos rodeados de periodistas y crí-
ticos, que nos encomiaban la canción del
Pescador napolitano, estrenada reciente-
mente y que íbamos a escuchar en se-
guida.

En efecto; la canción era preciosa y
electrizaba al público.

Nosotros la oímos y nos mirábamos con
sorpresa; cuando los periodistas nos pre-
guntaron si nos había gustado mucho, les
respondimos:

—Tanto, que ya la sabemos de memoria
y hasta le hemos inventado una letra es-
pañola, que vais a oír:

Y cantamos los tres:

Pasan por el puente
muchos matuteros
y los dependientes
son muy embusteros.
¡Ay, Manolé;
ay, Manolé!...

Los periodistas se quedaron con la boca abierta.

Entonces les dijimos que aquella famosa canción del *Pescador napolitano*, recién estrenada en Italia, la escribió Barbieri y la estrenó en Madrid hacía ya muchos años.

IV

Más curiosidades.

Caballero *hace* el número diez y ocho de sus hermanos.

A los siete años de edad cantaba de tiple en la capilla de Madres Agustinas (Murcia).

A los nueve tocaba en la orquesta del teatro.

A los doce componía marchas, polkas, vales, etc., para bandas.

A los quince obtuvo el primer premio de

Composición en el Conservatorio de Madrid.

A los diez y nueve estrenó su primera zarzuela, *Tres madres para una hija*, con gran éxito, y con el seudónimo de *Florentino Durillo*.

Desde entonces hasta hoy ha compuesto unas 170 obras.

Se le tacha de perezoso; pero él responde:

—No soy perezoso, sino un compositor muy malo, porque *me falta inspiración* y tardó mucho. A veces siento treinta motivos para escoger uno; aquí hago una nota, allí otra, y sudo sangre antes de escribir cuatro. Si no tuviera buen gusto, mis obras resultarían insoportables. Si me fiara de mis creaciones espontáneas, no hubiera tenido un buen éxito.

También se le tacha de *comilón*. A eso contesta:

—Cierto que me gusta comer muy bien; pero entiéndase por comer muy bien comer manjares selectos y escogidos y no mer mucho. Confunden la *cantidad* con la *calidad*.

.....

Yo, que he comido algunas veces con el insigne maestro, me atrevo a replicarle que:

--De su falta de inspiración pueden dar testimonio *La Marsellesa* y *El dúo de La Africana*. De su falta de apetito..., los camareros de Lardhy.

Mas si usted juzga escasas ambas cosas, ique Dios se las aumente!

(*El Mundo Naval Ilustrado*, 1897).

LA ESCENA DE LOS CARNEROS

I

En el año 1864 actuaba el famoso don Julián Romea en el teatro de Variedades, del que era actor cómico Emilio Mario.

Cierto día se presentó a aquél un joven casi adolescente, con largas melenas y todas las trazas de bohemio (1).

—Don Julián—le dijo—, he hecho esta piececita y ruego a usted que la lea, por si pudiera representarse.

—Bueno; démela y vuelva a verme pasados quince días.

—Perfectamente.

El joven se marchó, y dos semanas después, con exactitud cronométrica, se presentaba a Romea.

(1) En el libro «El Corral de la Pacheca» se relata muy ligeramente esta primera anécdota, como ocurrida a un autor desconocido.

Nuestro relato es rigurosamente histórico y completo.

—¿Ha tenido usted la bondad de leer mi obra?

—¿Su obra? ¡Ah! Sí; la recuerdo; pero aún no la he leído. Procuraré complacerlo en seguida; vuelva a primeros de mes.

—Muchísimas gracias.

El joven de las melenas no apareció por el teatro hasta la fecha indicada, para obtener igual respuesta y nuevo plazo de D. Julián.

Y lo mismo se repitió tantas veces, que la temporada ya tocaba a su fin.

Pero el bohemio, dispuesto a todo, fué a la propia casa del actor y pudo verlo casi por sorpresa.

—Señor D. Julián, ¿ha leído usted mi obra?—le preguntó.

—¡Hombre, sí!... La he leído... ayer noche.

—¿Y qué opinión le merece?—repuso con ansiedad y alegría.

—Diré a usted... ¿Cuál es su título?

—*Doña Homobona*.

—¡Justo!... ¿La primera que escribe?

—Sí, señor; la primera.

—Pues... su obrita revela que posee usted condiciones, pero también una inesperienza grande.

—¿Acaso no le ha satisfecho el asunto... o la factura?



—En ambas cosas se nota ese defecto natural.

—¿Y no podría usted concretarme?...

—Es difícil... Es difícil...

—¿Acaso le ha disgustado la escena de los carneros? Ya me lo temía.

—Pues eso le probará su inexperiencia, porque es tal vez lo mejor de la obra.

—¿Lo cree usted así?

—Sin duda.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque es el caso que en mi obra *no hay tales carneros*.

Romea dió un salto en su silla y miró fijamente al joven. Este permaneció impávido después del ingenioso mentís que había dado al gran actor.

—Ahora sabré, amigo mío, lo que hay y lo que no hay en su obra de usted—replicó Romea, vencido en buena lid—. Léame-la en seguida.

El joven, diligente, sacó otro ejemplar y se dispuso a obedecerlo.

—Un momento—interrumpió D. Julián—. ¿Cómo se llama usted?

—Miguel Ramos Carrión.

II

La obra gustó mucho a Romea e inmediatamente *fué sacada de papeles y reparada*; pero la temporada terminó antes de que pudiera estrenarse.

Ramos la tuvo olvidada hasta diez años después, que se representó en Variedades treinta noches consecutivas con el título de *La costilla de Pérez*.

Esta obra, como otras varias del célebre autor, no consta siquiera en su catálogo.

Transcurridos pocos meses de sus visitas a Romea, ocurrióle a Miguel Ramos otra aventura curiosísima, de la que ha guardado el secreto hasta ahora, o sea por espacio de treinta y dos años.

Ya diremos la causa de este excepcional sigilo.

Por entonces desempeñaba Ramos un destino de escribiente en la Junta general de Estadística, con el sueldo de 4.000 reales.

Le duró poco y fué el único, porque cuando más adelante Adelardo López de Ayala y otros prohombres le ofrecieron buenas credenciales aquél las rechazó sistemáticamente.

En la misma oficina prestaba servicios Eduardo Lustonó; allí confeccionaban sus poesías y artículos, que ya les habían dado algún nombre, y allí escribieron juntos el periódico satírico *Las Disciplinas*, terror durante algún tiempo de actores y empresarios.

Cierto día hallábase Ramos en su pobre vivienda cuando se le presentó un caballero y le dijo:

—Soy B...; me he honrado con la amistad de su señor padre; sé que tiene usted talento, y vengo a hacerle una proposición.

—¿De qué se trata?

—De que escriba usted en un periódico contra el Gobierno; se le pagará bien.

—Convenido.

—Entonces, vaya usted mañana, a las doce, a la calle del León, número... Allí me encontrará.

.....
Ramos acudió puntualmente y fué introducido por el Sr. B... en una sala donde no había otros muebles que una gran mesa y varias sillas de despacho; sobre la mesa, tinteros y cuartillas de papel.

—Tome asiento—le dijo—y escriba un artículo furibundo contra la Unión Liberal. Nadie ha de saber que usted lo ha hecho... Yo volveré pronto.

Y el Sr. B... salió, cerrando con doble vuelta de llave la puerta de la sala.

Ramos quedó atusándose las melenas y alegre con la perspectiva de los pesos duros que iba a valerle su trabajo.

Pronto le dió principio, y antes de una hora lo había terminado a su satisfacción.

Entonces se dispuso a buscar al Sr. B... por la casa, y la halló deshabitada y desnuda. La sala, que comunicaba al portón, cerrada con llave.

Ramos, sorprendido, se resignó a esperar, y esperó tres horas larguísimas.

Hallábase ya algo inquieto, cuando sintió abrir, y el Sr. B... reapareció.

—¿Está eso?—le dijo.

—Sí, señor.

—¡Muy bien! ¡Excelente!—repuso después de leer el artículo—. ¡El primer número de mi periódico va a hacer mucho ruido! Se titula *Doña Manuela*, como la mujer de O'Donnell. Voy a presentarle a usted otro redactor.

E hizo entrar a un caballero bajito, pálido, con barba corrida...

—Don Gustavo Adolfo Bécquer.

Ramos, que había oído en el Suizo los elogios que le tributaban Floro Moro, Segarra Balmaseda y otros bohemios ilustres, se sintió halagado.

—No debo ocultar a ustedes—repuso el Sr. B...—que la libertad peligra en esta casa; ¡juren, pues, guardar secreto!

.....
También Lustonó entró en aquella trunca de misteriosos.

III

El primer número de *Doña Manuela*, escrito por éstas y otras plumas, salió a la calle algunos días después.

Una viñeta parecía querer representar a la esposa del Duque de Tetuán, vestida de chula y presidiendo el Consejo de Ministros.

Su éxito fué mucho más ruidoso de lo que el Sr. B... suponía.

El público arrebatava los ejemplares a los vendedores; se leía y comentaba en todos los Círculos y cafés, y la Policía se puso en persecución del editor responsable y lo metió en el Saladero; el director, señor B..., logró hallar un buen escondite.

Ramos y Lustonó habían visto satisfecha su vanidad de muchachos mientras oyeron elogiar la valentía y gracia del periódico; pero las pesquisas (y no de Patricio) para descubrirlos y enviarlos a

Fernando Poo trocaron sus satisfacciones en miedo y angustia.

Ramos, además, estaba desesperado, inconsolable, porque había sabido que *Doña Manuela* era un periódico de la fracción moderada, a la que odiaba en mayor grado que a la Unión Liberal.

Escribir contra el Gobierno siempre *vis-te bien*; pero él era republicano desde que pudo discurrir y veíase perseguido como defensor de Narváez!

En la oficina se miraban de reojo y apenas se hablaban los dos redactores del primero y único número de *Doña Manuela* cuando inopinadamente los llamó a su despacho el jefe del negociado.

Era éste jefe D. Angel Castro y Blanc, el insigne periodista, más tarde cofundador de *El Imparcial* y de *El Liberal*.

Ramos Carrión y Lustonó acudieron emocionados, y no de alegría. ¿Habrían sido descubiertos?

Don Angel los recibió afectuosamente.

—Señores, como buenos literatos que son ustedes, deseo leerles un artículo que he escrito contestando a los inmundos ataques de ese papelucho moderado. ¡Supongo que lo conocerán!

—Casi nada—dijo Lustonó.

—Yo odio a los moderados y a sus periódicos—añadió Ramos.

—Pues escuchen.

Y D. Angel les espetó una magistral réplica, que los puso encarnados y verdes.

—¿Les parece bien??—preguntó al terminarla.

—¡Oh, Sr. D. Angel! ¡Qué quiere usted que le diga?

—Yo opino como Lustonó—replicó Ramos.

Pero la zozobra iba en aumento.

Al día siguiente se encontró Ramos a Lustonó en la calle de Sevilla.

—¡Miguel, estamos perdidos!, como dicen en los dramas. ¡Al Sr. B... lo han apaleado!

—¿Quién?

—¡Vinyals!

—¡El hijastro de O'Donnell!

—¡Sí, y me aterra que empiecen a tropezar en esa forma con la gente!

—¡A mí, el haber servido a la reacción y... de balde!

IV

Dos semanas después Ramos enseñaba una carta a su compañero. Era del señor B... En ella se les invitaba a acudir aquella noche, de nueve a diez, a una casa escondida en el barrio de las Peñuelas.

«Nada teman ustedes—decía—; mi úni-

co objeto es abonarles el importe de sus artículos.»

—¡No iremos!—gritó Lustonó.

—¿Por qué?

—Porque es un lazo de la Policía.

—Pero ¿no conoces la letra del Sr. B...?

—¡La habrán falsificado!

—¿Y si perdemos ese dinero por cobardes?

—¿Dinero? ¡Bueno le ha salido el negocio!... Después de la paliza, ¿crees que piense en darnos dinero?

—Pues iré solo—insistió Ramos.

—Eso, no; si te empeñas, iremos juntos.

A las nueve de la noche llegaban ambos al sitio indicado en la carta.

Subieron valerosamente las escaleras y tiraron del cordón de la campanilla.

El mismo Sr. B... les abrió.

—No pasen ustedes—dijo—ni se detengan. Les doy las gracias y les abono su trabajo. Adiós.

Y el Sr. B... puso en manos de los jóvenes una cantidad, les saludó y cerró la puerta.

Ramos y Lustonó salieron a la calle y contaron el dinero.

—¡Miguel!

—¡Eduardo!

—¡Me han dado mil reales!

- ¡A mí, cincuenta duros!
—¡Qué dicha!
—¡Qué oprobio!... debiera yo decir. ¡Es el oro de la reacción!

V

Miguel Ramos no ha vuelto a ver al señor B..., cuyo nombre verdadero me exigen que oculte.

Hoy, el autor aplaudidísimo de cien comedias vive respetado y feliz sobre sus laureles; ¡pero no dormido!

Si le preguntáis:

—¿Cuál es el recuerdo que más te amarga?

—Haber escrito en *Doña Manuela*—os responderá.

—¿Hasta qué límite eres republicano?

—Hasta el que señalo en *La Marsellesa*.

Es decir, que en política se precia de *girondino*; dejádselo creer.

En literatura dramática lo apreciamos todos de insuperable maestro, aunque él no se lo crea.

Miguel Ramos podrá ser un *girondino*.

Pero también es casi un *dictador*...

De la escena cómica española.

(*Mundo Naval Ilustrado*, Noviembre 1897).

UN PERIODISTA DE PURA SANGRE

Corría el año 1874.

El periódico *La Iberia*, dirigido por don Francisco Bañares, era el más autorizado eco ministerial de Sagasta. Acababa de entrar en la Redacción de aquel periódico un joven abogado de diez y ocho años de edad, quien al tener noticias de que la población francesa de Hendaya aplaudía y celebraba los blancos que hacían en Irún las bombas de los carlistas se sintió indignado y escribió un furibundo artículo contra Francia. Este artículo se leyó con estupor y otorgósele extraordinaria trascendencia; se tradujo como un cambio en la política del Gobierno, y Sagasta, para deshacer aquella atmósfera, multó a su periódico de cámara con 1.500 pesetas.

El redactor meritorio causante de este quebranto fué Miguel Moya.

Un año después se proclamó a D. Alfonso XII, y entonces díjose que al entrar el Rey en Madrid iban a ser agredidos los

periodistas republicanos, entre los que se contaban los de *La Iberia*.

Ya por evitarse una lucha desigual o por otra cualquier causa, en la noche del 14 de enero no se hallaron en la Redacción de aquel periódico mas que nuestro joven abogadillo y otro compañero suyo de la misma edad, llamado Ortega Munilla.

Transcurrían las horas y no parecían los redactores. Forzoso era escribir el periódico y así lo hicieron entre los dos.

Lo gracioso es que los suscriptores de *La Iberia* creerían leer en sus columnas, escritas por los dos muchachos inexpertos, las ideas y hasta un programa futuro de los prohombres eminentes del partido, como inspirados en aquellos momentos de excepcional trastorno.

¡Cuántas veces habrá ocurrido lo mismo!

Dos años más tarde ambos jóvenes fundaron un periódico, llamado *El Chiclanero*, con estéril resultado y todavía unidos escribieron el sainete *La bola verde*, con destino al teatro de Variedades, que leído por Vallés fué primero aceptado, rechazado luego y vuelto a admitir y a rechazar, hasta que se aburrieron los autores.

Posteriormente fué Moya redactor de *El Mercantil* y de *El Demócrata*, creado por el hijo de Calvo Asensio.

Al fundarse *El Liberal* formó entre sus redactores, y en él ha permanecido; desde hace años desempeña su dirección.

* * *

Redactor era de *El Liberal* cuando surgió aquella memorable polémica violentísima entre este periódico y *La Correspondencia Militar*, originada por unos artículos sobre cierto acto salvaje de los moros de Bocoia.

El diario militar publicó un reto a toda la Redacción de *El Liberal*, y Moya envió sus padrinos a Lapoulide, que era el primero que firmaba el reto.

Representaron a Moya Augusto de Figueroa y Fernández Flores, y a su contrario, Juan de Madariaga y Rancés.

Moya desconocía el manejo de las armas, a tal punto, que para no demostrar sobre el terreno una ignorancia supina visitó a su amigo el General Ortega y le dijo:

—Mañana me bato a sable y no sé manejarlo; vengo a que usted me enseñe...

—¡Ya! Un tajo eficaz...

—No; a ponerme en guardia.

Felipe Ducazcal fué el juez del campo.

El asalto duró poco, pues Moya tuvo la suerte de herir en la cabeza a Lapoulide y

se puso término al lance, que a la larga hubiera quizá sido funesto para el más inhábil tirador.

Por el momento terminó la ruda polémica de ambos diarios; pero siempre persistía gran enemistad entre los directores respectivos.

Poco tiempo después se hizo cargo secretamente de la dirección de *El Liberal* Miguel Moya. Defendióse por entonces en sus columnas a los tablajeros, carniceros, etc., acusados de no sé qué, cuando apareció una hojita anónima que preguntaba:

«¿Por qué precio defiende *El Liberal* a esa gente?

La Correspondencia Militar hizo referencia a aquella hoja y el hecho fué considerado agresivo.

Moya, como director, retó a Fernández Arias. Este, al encontrarse con un adversario distinto del que esperaba, exclamó ingenuamente:

—¡Hombre, lo siento! Si hubiera sabido que se trataba de Moya no habría ocurrido nada; pero está por medio *El Liberal*; yo he buscado con ansia a su director... y no puedo dar más explicaciones.

El lance se concertó también a sable. Fueron padrinos de Moya Fernández Flores y Eduardo Santana, y de Arias, Muñiz Terrones y Lapoulide.

Hemos de advertir que el periodista republicano continuaba sin saber ponerse en guardia y que consideró inútil esta vez buscar enseñanzas improvisadas. Su adversario era realmente temible y ya muy experto en luchas personales con toda clase de armas. Además, tenía y tiene tan bien acreditado su valor, que bastante acreditaba el suyo Miguel Moya al colocársele enfrente, sin esperanzas de triunfar.

Verificóse el lance en el teatro Felipe.

Fernández Arias iba contrariado, pero resuelto a vencer; y, con efecto, al primer asalto, después de varios golpes y paradas, resultó Moya levemente herido en la cabeza.

Vertida la primera sangre, dióse por terminado el duelo; los adversarios se estrecharon las manos, y desde entonces se han tenido mutua consideración.

* * *

Miguel Moya, como literato, es de los mejores. Pruébalo su colección de artículos *Puntos de vista*, sus publicaciones en *La Linterna del Ateneo*, la Memoria para la Academia de Jurisprudencia, titulada *Conflicto entre los Poderes del Estado*, y las *Semblanzas de hombres políticos*, insertas en *El Liberal*.

Sus campañas en el Congreso le han acreitado de buen orador y, aún más, de buen dialéctico. El presentó aquella proposición de ley pidiendo la separación de mandos en las Antillas, que promovió un famoso debate. La proposición fué aceptada por el Gobierno, después de un notable discurso que pronunció Moya en su defensa; opúsose la minoría conservadora; pero en la votación nominal se ganó por muchos votos. Con el nombramiento de la Comisión parlamentaria coincidió una oposición fortísima de los elementos militares. El General Dabán calificó de atentado el acuerdo del Congreso, y en su consecuencia fué condenado a dos meses de castillo.

También es digno de recordación el debate brioso que sostuvo con Romero Robledo defendiendo a la Prensa periódica cuando el proceso de la Duquesa de Castro Enríquez.

Ya hemos dicho que actualmente y desde hace años es Moya director de *El Liberal*. Si queréis saber lo que este periódico representa y cuáles son sus fines, preguntádselo y os contestará:

—Tenemos la forma republicana, pero sin color concreto y la realidad democrática en todas sus manifestaciones. Cuando se trata de un empeño nacional, siempre

prestamos nuestro concurso; es decir, que nuestra política es la del patriotismo, la libertad mercantil colonial, la libertad de enseñanza y la de la Prensa.

—¿Cuál es vuestro criterio en lo de Cuba y Filipinas?

—En Filipinas iremos contra los que mantengan el criterio del clero; en lo de Cuba, aplaudimos la autonomía por creer que es la única manera de mantenerla española.

.....

Miguel Moya debe a sí mismo todo lo que vale, y éste, en nuestro concepto, es su mayor mérito. Así lo creen, sin duda, como nosotros sus compañeros, que por unanimidad le han elegido presidente de la Asociación de la Prensa.

(Mundo Naval Ilustrado, Enero 1898).